

LOS NUEVOS ECONOMISTAS LIBERALES

Joan Sardá Dexeus

vieja utopía liberal. Nuevos y fervorosos economistas liberales tratan de exponer sus argumentos frente a los problemas del mundo crítico que hoy vivimos y ofrecerle soluciones. Aunque estos nuevos liberales, como afirma el profesor Sardá, no constituyen un todo absolutamente homogéneo, sí coinciden en considerar que las afecciones e inconvenientes que aquejan a las economías occidentales no derivan de un «exceso de capitalismo» sino, por el contrario, de una ausencia del mismo o, mejor dicho, de una asfixia de su capacidad creadora. La crítica no recae, pues, sobre el sistema capitalista, sino sobre la actividad perturbadora del Estado, lo que conduce a la pretensión lógica de reducir hasta el máximo posible su área de influencia ampliando, en consecuencia, la que corresponde al mercado y todo esto por razones de pura lógica económica.

El siguiente trabajo de Juan Sardá presenta las líneas fundamentales de este pensamiento económico al que se refieren también tres breves notas de Jaime Requero, Julio Segura y Carlos Sebastián, que recogen los comentarios que en su día hicieron a la intervención de Juan Sardá en Avilés.

EN los Estados Unidos y quizá siguiendo la tradición liberal de la escuela de Chicago, representada por los Knight, Viner, Simons y sobre todo Friedman, han nacido una serie de grupos situados en esta universidad y en las de Virginia, California, etc. Se trata de economistas liberales que podemos llamar nuevos liberales que surgen con la pretensión de renovar muchos aspectos del análisis económico.

Los nombres de estos economistas son Gary Becker, Buchanan, Gordon Tullock, Friedmann (hijo), etc., que sin constituir un todo absolutamente homogéneo, sí constituyen una serie de tendencias que van en la misma dirección y que intentan renovar el análisis económico y las bases de la economía clásica tradicional. En algunos casos han ligado los estudios económicos con los sociológicos e incluso con los jurídicos como Ronald Cosse, fundador del «Journal of Law and Economics».

En términos generales la filosofía de estos economistas parte de la base misma de la escuela clásica, o sea aquella que precisa que el óptimo de eficiencia económica es el que resultaría de un mundo en que

todas las decisiones referentes a problemas de atribución de recursos fueran tomadas en el cuadro de un sistema de intercambios voluntarios y contractuales entre todos los agentes económicos. Para mayor precisión quizá es importante la definición de ciencia económica que da Buchanan en su libro «The Limits of Liberty», que dice que la economía es la ciencia de los mercados o de las instituciones de los mercados que se mueven en un marco o estructura de derechos individuales bien definidos y ofrece proposiciones explicativas o predictivas que concierne a los resultados y efectos de los cambios sobre estos resultados. En todo caso se insiste en que el análisis ha de partir de imputaciones de derechos y obligaciones muy definidos de los participantes en el intercambio.

Además de insistir en los despilfarros provocados por la Administración Pública en sus intervenciones en el funcionamiento de la economía, replantean el análisis de la conducta de la empresa, la del consumidor y, como elemento nuevo, entran en el análisis de la conducta económica de la Administración Pública.

En la teoría de la conducta de

la empresa mantienen que la concepción clásica de que la empresa actúa en el sentido de maximizar su beneficio es mantenible en términos generales, aun la economía actual donde ni los mercados son perfectos, ni la empresa está dirigida en muchos casos por sus propietarios, sino por técnicos asalariados. Creen que esto no hace variar a largo plazo la conducta de la empresa supuesta por los clásicos, ya que sus dirigentes actuarán no sólo con vistas al beneficio inmediato, sino teniendo en cuenta las perspectivas de beneficio futuro. Por otra parte, y cuando se hace ver la existencia de monopolios u oligopolios en el mercado, sobre todo cuando se trata de monopolios naturales, muestran, como hace ver Stigler, que la curva de demanda con que se enfrentan tales empresas es casi la misma que la de la competencia, siempre que el número de ellas sea superior a dos y se acercará tanto más a los términos de competencia si el número de vendedores aumenta.

En el análisis de la conducta del consumidor hay unas aportaciones importantes de Gary Becker sobre los elementos que determinan esta conducta. Nos dice que el consumidor actúa como un productor o sea, con un «input» de recursos y un «output» de satisfacciones. Ahora bien, entre los recursos que «insume» hay algunos que con la productividad y la tecnología moderna aumentan, mientras que hay otros como el factor tiempo que no aumenta tanto, ya que el alargamiento de la vida es limitado. Por lo tanto, el consumidor se encuentra con un factor que aumenta el valor



Martin Feldstein —junto con Robert Hall— encabeza lo que podría denominarse como corriente reformista de la nueva economía política americana. Admite la intervención del Estado en la vida económica, pero limitando cuidadosamente sus actuaciones ya que, la mayoría de las veces, el mercado funciona mucho mejor.

por su escasez al lado de los demás que son cada día más abundantes, por lo que tiende a utilizar más cantidad de los recursos abundantes que de los escasos, o sea que concentra el consumo en menos tiempo. Esto explicaría en gran manera el consumismo de la sociedad actual y tendría otras repercusiones en diversos aspectos, en la actividad económica contemporánea.

Si las necesidades más urgentes están cubiertas, el trabajador prefiere utilizar menos tiempo en el trabajo remunerado y más en el ocio. De aquí que hoy las reivindicaciones sociales pasen a primera línea

de reivindicación del mayor tiempo de ocio. Ello hace dudar incluso de que los medios de lucha contra el paro que se siguen actualmente no sean los más adecuados. La falta de demanda para ciertos trabajos, el absentismo y otros fenómenos contemporáneos en el campo del trabajo se explicarían con esta línea de pensamiento.

En cuanto al análisis económico de los actos de la Administración Pública, tanto en su actividad regulatoria como en su actuación empresarial, se plantean diversas cuestiones. El primer problema es el de cuál es la verdadera misión del Estado, ya que éste en realidad es un intermediario entre los diversos individuos que componen la comunidad, algunos de los cuales les impone gravámenes y a otros les concede subsidios o ventajas. Sin embargo, hay que preguntarse hasta qué punto la Administración es infalible y conoce exactamente lo que desea la mayoría de los ciudadanos. Hay un problema de elección entre varias alternativas, y los economistas liberales centran sus análisis en el tema del «Public Choice» para ver hasta qué punto las decisiones del Estado responden a las preferencias del ciudadano. Ya sabemos hasta qué punto con un sistema de precios políticos se subvenciona la mayor parte de los servicios públicos, pero es difícil decir cuál es el baremo que marcaría la voluntad general en esta transferencia.

Se apunta, además, que en la sociedad actual, las presiones sectoriales o de grupo acostumbra a ser más fuertes que los intereses generales. Los

grupos de presión, ya sea para obtener un subsidio, una desgravación, etc., acaban por imponerse frente al interés general, ya que el ciudadano en general desconoce la cuantía del recargo que va a tener que pagar por esta ventaja sectorial.

Así, es dudoso afirmar que la intervención estatal tenga un resultado final y global beneficioso para la comunidad, y es fácil señalar numerosos casos de grandes despilfarros debidos a la actuación de la Administración Pública. No hay que decir que uno de los casos más importantes y más comentados se halla en la gestión pública de la Seguridad Social.

Aunque los nuevos liberales admiten ciertamente que la economía de mercado en los supuestos actuales no funciona con la perfección deseable y que no llegue al óptimo beneficio social, en cambio, niegan que las intervenciones del Estado mejoren esta situación. Hacen notar que es conveniente asegurarse de que las imperfecciones que crean las intervenciones del Estado en la economía no son superiores a aquellas a que quiere poner remedio. De aquí que como se ha dicho aspiren a aplicar un análisis estrictamente económico a las actuaciones de la Administración Pública. En definitiva, consideran que hay unos costes de esta intervención que no se han evaluado suficientemente.

En términos generales se puede decir que si los economistas nuevos liberales, están dispuestos a admitir en muchos casos reformas de estructura a largo plazo, en cambio, son to-

talmente contrarios a las intervenciones coyunturales y erráticas de un Gobierno en la economía. Estiman que ello produce en los empresarios y demás agentes económicos unas perspectivas inciertas que contribuyen mucho a la inestabilidad del funcionamiento económico. Y además, como hemos dicho antes, en estas intervenciones siempre hay detrás un grupo de presión que pretende ciertas ventajas que no puede contrarrestar el interés general, puesto que el contribuyente desconoce en qué me-



Friedrich A. Hayek, premio Nobel de Economía en el año 1974 —compartido con Gunnar Myrdal—, es una de las figuras más representativas de la «Escuela de Viena», y musa inspiradora de la denominada «escuela neo-austriaca americana», en la que figuran economistas de la categoría de Murray Rothbard, Ed Dolan, Israel Kirzner... Para Hayek, «Keynes es el culpable de todos nuestros males actuales».

didada la nueva situación afecta a sus intereses.

Así pues, los economistas nuevos liberales apuntan hacia un retorno a las ideas fundamentales de la economía clásica, especialmente las de sus creadores, como Adam Smith y Hume, en el sentido de defender que no es conveniente transgredir las leyes económicas y de mercado con intervenciones del Gobierno. Por otra parte añaden que la forma como se practica el análisis económico en muchos casos no tiene en cuenta las circunstancias jurídicas, sociales y de otro orden que se presentan cada día y en este sentido critican la separación entre economía y sociología, que estuvo muy presente en las mentes de los economistas clásicos.

En definitiva, este grupo trata de defender la libertad individual, el progreso y la mayor eficiencia económica entendiendo que tal libertad es parte esencial de la libertad individual y que con las diversas intervenciones estatales existe el peligro de burocratización de la vida e intromisión de la Administración Pública en la vida privada de los ciudadanos.

Aunque no parece que en el campo político haya fuerzas que recogen plenamente la imagen o la política que derivarían del análisis de los economistas nuevos liberales, sí es necesario señalar que hay en los últimos tiempos muchos grupos con tendencia creciente a tomar posiciones críticas contra los excesos de intervencionismo estatal. Siempre que sean naturalmente grupos que defiendan la libertad individual

y no quieran llegar a los extremos de una economía totalmente planificada, racionada y centralizada.

TRES COMENTARIOS AL TRABAJO DE JOAN SARDA

Jaime Requeijo

ME alegra mucho haber escuchado la magistral exposición del profesor Sardá. Yo también tuve, hace algún tiempo, curiosidad por saber qué decían los denominados nuevos economistas y quisiera, brevemente, explicar aquí mi opinión sobre los mismos.

Estimo que la nueva economía liberal americana y francesa (dado que los franceses se han constituido en los portavoces europeos de los americanos) tiene tras de sí un amplio bagaje técnico y analítico. El paradigma de la nueva escuela viene constituido, según mi personal apreciación, por la teoría del consumo, la de los derechos de propiedad, la del capital humano, la teoría del desarrollo, la del «Public Choice» y, finalmente, la preponderancia de análisis microeconómico y la neutralidad y autonomía de la ciencia económica.

Su teoría del consumo hace intervenir el factor tiempo y parte, básicamente, de una función de utilidad distinta a la neoclásica por cuanto se apoya

en la producción de mercancías - satisfacciones. A través de los derechos de propiedad se guían los incentivos económicos para lograr un mayor grado de internalización de costes y beneficios que permita una mejor asignación de recursos. En virtud de la teoría del capital humano se explican fenómenos tales como la diferencia de grado de desarrollo entre países, el abanico de remuneraciones y toda una serie de comportamientos sociales, como por ejemplo los índices de natalidad o el empleo del tiempo. Para North y Thomas, dos de los más destacados exponentes de la nueva teoría del desarrollo, los cambios en los precios relativos de factores y productos, desencadenados por la expansión demográfica, y las variaciones en la dimensión de los mercados, son las claves que explican el fenómeno del desarrollo. Los nuevos economistas liberales son claros defensores del análisis microeconómico y, con ellos, la larga polémica entre monetarismo y keynesianismo se ve completada por valiosas aportaciones, como el enfoque de expectativas racionales de Lucas y Sargent. La escuela del «Public Choice» desea aplicar a la acción estatal los mismos criterios de valoración que se utilizan en el caso de la empresa privada. La economía es, para los neoliberales, una ciencia autónoma que no necesita de otras ciencias para explicar toda una serie de fenómenos sociales y es también neutra por cuanto analiza, no ideológicamente, toda una serie de comportamientos sociales y establece las posibles opciones.

Toda esa base teórica de los nuevos liberales da lugar a una

política económica que puede resumirse en dos palabras: para los norteamericanos: «less Government is beautiful»; y para los franceses: «aucune politique économique». Para los interesados en la aplicación práctica de las teorías neoliberales, recomiendo la lectura de uno de los éxitos editoriales de 1978 en Estados Unidos: «A Time for Truth», de William Simon.

Yo entiendo que hay una serie de luces que no deben desecharse en la escuela neoliberal. Por ejemplo, que el manejo de la economía no puede depender exclusivamente de «fine tuning» keynesiano: el buen funcionamiento de los mercados, eje central del enfoque microeconómico, debe preocupar también a los responsables de la política económica; por ejemplo, que existe ya en muchas sociedades un cansancio fiscal que puede producir modificaciones y alteraciones de los comportamientos sociales: lo ocurrido en el Estado de California pone de manifiesto el fenómeno.

Sin embargo, también creo que hay una serie de sombras en la visión neoliberal que superan claramente a las luces. Me parece que la teoría del consumo no explica en absoluto cómo se forman los gustos, dado que éstos vienen tremendamente condicionados en nuestras sociedades hasta el punto de que existe, contra lo que preconizan los neoliberales, una muy reducida libertad del consumidor. Me parece también que la teoría del desarrollo no explica por qué no se han desarrollado adecuadamente países donde la internalización de costes y beneficios se ha producido, ni tampoco

fenómenos como el nacionalismo reactivo japonés del siglo XIX que supuso una muy clara intervención del Estado y se ha dejado de lado claramente la necesidad de interrelación entre los distintos países. Creo también que ese recetario de política económica implica una simplificación excesiva; reducir fuertemente la acción del Estado en una economía moderna supone someterla a una galerna ingobernable; más aún, cada vez es más patente la necesidad de atender al contenido de lo producido, de saber qué hay exactamente detrás del nivel de empleo.

Para finalizar, señalaré que estoy en total desacuerdo con la escuela neoliberal en lo tocante a la neutralidad de la ciencia económica. La ciencia económica es ideológica porque examina, básicamente, no la relación de los hombres con las cosas, sino de los hombres entre sí y, por ello, a un trabajo sobre la escuela neoliberal, le he puesto por título «Catch 22» —como la novela de Heller—, dado que también en este caso sería posible decir que el mensaje neoliberal puede interpretarse del modo siguiente: «Desde mi propia ideología digo que la ciencia económica no es ideológica.»

Julio Segura

NO creo que en una reflexión sobre los llamados «nuevos economistas liberales» hay que diferenciar dos elementos. Uno primero, la posible vigencia de algunos aspectos de las ideas liberales en

materia económica a la luz de la crisis actual. Uno segundo, los aspectos ideológicos y el montaje de carácter estrictamente político existente alrededor de la denominación.

Un aspecto positivo —no exclusivo de los economistas liberales— de los «nuevos» es la atención que prestan a los despilfarros del sector público, a su excesiva burocratización a todo lo que, en suma, constituye la discusión sobre la economía de la toma de decisiones públicas. Creo que cualquier economista debe ser sensible a argumentos tendentes a mejorar la eficacia del sector público, sus criterios de gestión, su organización funcional, etc. El fuerte aumento de los gastos públicos, y especialmente de los consuntivos, en todos los países occidentales, la existencia de una cierta crisis fiscal de los estados democráticos actuales, y otros aspectos relacionados con estos, hace que cualquier llamada en favor del mayor control, la desburocratización, la descentralización, etc. deban ser atendidos.

Pero junto a este aspecto positivo, los «nuevos economistas liberales» plantean dos conclusiones que, en el mejor de los casos, no están apoyadas en ninguna medida por argumentaciones de carácter científico, por mucho que ellos intenten arrogarse dicha calificación. Una primera conclusión es que el sector público no puede ser tan eficiente como el privado y que, por tanto, es preciso reducirlo. Una segunda es que sólo el mercado asigna eficazmente, y que por tanto la solución a la crisis económica sólo puede lograrse restaurando los meca-



James Buchanan, profesor del Virginia Polytechnic Institute, es —junto con Gordon Tullock— uno de los fundadores del «Center of Public Choice» y principal figura de la «Escuela de la Public Choice». Autor, entre otras obras de primera línea, de *Theory of Public Choice*. Es uno de los economistas contemporáneos más importantes.

nismos de mercado en toda su pureza.

Respecto a la primera conclusión, la reducción del sector público no se deriva de ningún posible razonamiento en cuanto a su eficacia. Hacer eficaz el sector público no pasa necesariamente por reducirlo, sino por racionalizarlo y flexibilizarlo. Por ejemplo, creo que es muy posible que los procesos de descentralización administrativa y funcional generalizados en casi todas las economías occidentales, pueden constituir un elemento de reforma importante. Por otra parte, el tema del tamaño del sector público nada tiene que ver con su eficacia,

sino con las funciones que debe cumplir, y en esta discusión creo que es difícil apoyar la idea de que el Estado debe disminuir su intervención en la economía, máxime en la situación actual.

La segunda conclusión —que sólo el mercado asigna eficazmente y que es preciso restaurarlo en su mayor pureza—, desconoce una buena parte de la literatura económica de los últimos veinte años. Está demostrado —y bien científicamente por cierto— que el mercado no asigna eficientemente, ni ante la presencia de rendimientos crecientes, de otro tipo cualquiera de indivisibilidades, ni con efectos externos en el consumo y/o en la producción, ni en el caso de bienes públicos... y un largo etcétera en el que se encuentran incluidas casi todas las actividades productivas modernas. No en balde uno de los máximos especialistas en la teoría del equilibrio general ha señalado el carácter «prescriptivo negativo» de la misma en cuanto a la valoración de las condiciones en que puede funcionar un sistema de asignación descentralizado totalmente. Esto por lo que respecta al análisis económico.

Por lo que se refiere al carácter de la crisis actual, parece aún más evidente que la misma no puede superarse a través del mercado. La intensidad de los cambios requeridos, el carácter de crisis de composición de la oferta y de tipo de tecnología, etc. señalan por el contrario que sin una fuerte intervención del sector público su superación será impensable.

Para terminar, no puedo evi-

tar la tentación de referirme a la instrumentación práctica de las ideas de los nuevos economistas liberales por quienes dicen defender el credo liberal. Políticos y empresarios que dicen creer en las excelencias del mercado señalan sin embargo que la reestructuración de los sectores en crisis debe ser financiada con dinero público, que deben crearse canales especiales de financiación para ciertas actividades, que el estado debe crear las economías externas precisas para abaratar el proceso de acumulación de capital, que el sector público debe intervenir en el proceso de negociación colectiva interfiriendo el funcionamiento del mercado, que debe proteger la producción nacional frente a la exterior, que debe ayudar a las empresas en su proceso de reajuste ante la entrada en la CEE, etc. Parece más bien que la receta política que se obtiene en la práctica de los nuevos economistas liberales es un curioso sistema económico en el cual el Estado debe reducir sus funciones asistenciales y redistributivas, mantener el mercado libre en el área de la venta de los productos finales —descontando la competencia exterior— e intervenir en el mercado de factores primarios y, sobre todo, en el de trabajo. Como receta no parece muy liberal.

Carlos Sebastián

En los últimos tiempos, las posiciones liberales en economía se han extendido enormemente.

Partiendo de una posición extremadamente crítica, y en la

mayoría de los casos difícilmente objetable, de la burocracia (1) y la ineficiencia de la gestión pública, los economistas liberales ponen el énfasis en el mercado como única fuerza orientadora de las decisiones económicas que son tomadas de forma descentralizada.

Curiosamente, sin embargo, estos economistas parecen ignorar de forma casi sistemática aquel cuerpo del análisis económico que ha generado resultados más importantes sobre el mercado como sistema de asignación de recursos: lo que se conoce como el «equilibrio económico general», que en los últimos 25 años ha experimentado un desarrollo extraordinario. De él se han obtenido una serie de resultados que cualifican de forma importante las posibilidades del mercado como mecanismo asignador. De ellos quisiera solamente mencionar de pasada los que se refieren a las dificultades del mercado cuando en la esfera productiva se da ese fenómeno tecnológico que los economistas conocemos como «rendimientos crecientes a escala»; el hecho de que el mercado, en el mejor de los casos, genera una asignación con ciertas propiedades de eficiencia, pero tal asignación es relativa a una determinada distribución de los recursos, que puede ser enormemente desigual y que las decisiones tomadas a través del mercado no mejoran; las consecuencias negativas que tienen sobre las características de la asignación alcanzada por las fuerzas de mercado la existencia de comportamientos no competitivos; los incentivos que el sistema de mercado puede crear, bajo determinadas con-

diciones, para que se adopten tales comportamientos no competitivos; las consecuencias negativas de la no existencia de algunos mercados, ya sea por ausencia de mercados a futuros para infinidad de bienes o por la existencia de efectos que el mercado no refleja (externalidades); etc.

Quisiera pararme, brevemente, en el último de los resultados mencionados, que me parece de singular relevancia para las discusiones actuales. Y no me voy a referir al angustioso problema de los efectos externos en un mundo crecientemente degradado, sino que quiero centrarme en las dificultades para obtener propiedades mínimas de eficiencia en asignaciones alcanzadas de forma descentralizada, cuando la existencia de mercados a futuros es más excepción que norma y cuando, en definitiva, existen graves *insuficiencias institucionales* para que el sistema de mercado opere adecuadamente. La incapacidad de este sistema para dar un precio adecuado a los recursos «agotables», de forma que se induzca una utilización eficiente de estos recursos (problema no ajeno a la crisis económica actual), es un ejemplo claro de las dificultades del sistema competitivo para reflejar la escasez real de los recursos.

Los economistas liberales (nuevos y viejos) se limitan a ensalzar las propiedades del mercado sin realizar propuestas sobre posibles «desarrollos institucionales» que contribuyan a que el mercado pueda realizar adecuadamente su papel diseminador de información (información sobre las escaseces relativas). Curiosamente, ha sido



Gordon Tullock es, al lado de James Buchanan (con quien mantiene una estrecha colaboración desde hace una treintena de años) uno de los elementos claves de la «Escuela de la Public Choice». En 1965 publicó su debatida obra *The Politics of Bureaucracy*.

desde posiciones no liberales, como el nuevo proteccionismo abogado por el profesor Kaldor, desde las que se han diseñado propuestas para que el mercado cumpla mejor su papel cibernético.

Por otra parte existe una generalizada, y quizá intencionada, identificación (o confusión) entre el sistema de mercado como mecanismo diseminador de información relevante para la toma de decisiones económicas y la propiedad privada. Es cierto que el beneficio individual constituye un incentivo, que bajo ciertas condiciones, puede conducir a decisiones que el mercado, que es donde las decisiones individuales se interactan, agrega en una

decisión «social» con determinadas propiedades de eficiencia. Pero no es menos cierto que la lógica del beneficio individual también lleva consigo, si no se dan aquellas condiciones (y lo más plausible es que no se den), a que el mercado no funcione adecuadamente debido a lo que en términos muy generales podemos llamar comportamientos no competitivos. Siendo esto así, es cuando menos tendencioso identificar funciones cibernéticas del mercado con propiedad privada, y no conceder la posibilidad de que con propiedad no privada el mercado pueda jugar su papel diseminador de información si existiera un sistema de incentivos adecuados.

Para finalizar quisiera referirme a las posiciones monetaristas (o neomonetaristas) que constituyen la dimensión macroeconómica de la escuela liberal. Tras apuntar algunas (serias) dificultades para regular el nivel de actividad económica en contra del optimismo del keynesianismo vulgar, pasan a afirmar la imposibilidad de tal regulación y por ende la ilegitimación de la acción estabilizadora del gobierno. Hay que reconocer que los monetaristas han contribuido poderosamente a revitalizar el análisis macroeconómico, pero a sus resultados no pueden conferírsele la dimensión universal que ellos pretenden. Estos suponen la demostración de que bajo determinadas condiciones el nivel de actividad no puede ser regulado mediante la política macroeconómica tradicional. También puede demostrarse que bajo otro conjunto de condiciones, existe tal posibilidad reguladora.